



# Sobre Modernidad indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México<sup>\*</sup>

COMENTARIO DE MARGARITA ZÁRATE VIDAL<sup>\*\*</sup>

El libro que hoy presentamos se ubica en una discusión particularmente importante para esta, todavía, nación: México. Los nueve ensayos reunidos en la obra se ubican, a decir del autor, como parte de un proyecto: “demostrar que es necesario reformular la cuestión nacional en México” a través de la comprensión de la relación entre nación y modernidad a lo largo de la historia. Sus ensayos bordan fino a través de la heterogeneidad y fragmentación del espacio nacional con una idea central: la de las mediaciones culturales de la modernidad. A esta modernidad la adjetiva. Es una modernidad cultural en el sentido argumentado por Weber y Habermas y, en un segundo sentido, relativo a la división clara entre lo público y lo privado, es entendida como la posibilidad de crítica al Estado desde los derechos individuales. Más adelante Lomnitz nos define las mediaciones de la modernidad como “cualquier apropiación de la ideología de la modernidad por un régimen o por actores sociales específicos que piensan aplicarla selectiva y parcialmente.” Esta aplicación selectiva y parcial sugiere que el actor involucrado implemen-

ta políticas híbridas que en conclusión modernizan y desmodernizan a la vez.

Un eje central en el argumento propuesto por Claudio Lomnitz es precisamente el nacionalismo como un instrumento de mediación, y es aquí donde ubicaré mi exposición. Nuestro autor parte del asombroso resurgimiento del tema del nacionalismo y de otro hilo en el tejido de su relato, a saber, la nación es un filtro ideológico que sirve principalmente para mediar la modernidad, para aplicarla selectiva y mañosamente o para defenderse selectivamente de ella.

A partir del análisis de lo acontecido en las últimas dos décadas, México entra en una nueva fase de desmodernidad. El cambio de significado del término *naco* le lleva a hablar de una transformación cultural que se gestó desde principios de la década de los setenta, el término pasó de usarse en contra de lo “indio” (o sea de lo campesino y de cualquier persona o actitud asociado con el “atraso” que tanto avergonzaba al país) a emplearse como la representación de aspiraciones al progreso y a la cultura material de lo moderno de manera imper-

fecta y parcial. Este cambio se situó en una estética urbana. Al definir lo *naco* como un tipo particular de *kitsch* ubicado ya no en el molde rústico sino en el urbano, la acepción ya no se reduce a una clase o sector social, el *kitsch*, de la modernización afecta a nuestras clases altas de manera notable.

El surgimiento de estas nuevas formas de denominar, de distinguir, marca a los mexicanos urbanos “como seres que no están a sus anchas en la modernidad”. A la par de esta importante transformación cultural, el autor consigna la acelerada reducción de la capacidad del Estado para generar empleo, la severidad de la crisis económica actual que da lugar a una imagen de un Estado que está controlado por una pequeña e impopular elite americanizante, que se impone a una nación popular y mexicana. La elite es una capa de técnicos o de depredadores que ha sido desconectada de su pueblo y esto dificulta que se le identifique con la nación.

Los factores que enumera el autor señalan una crisis seria del nacionalismo mexicano; el nacionalismo puede servir como una ideología que se opone a la globalización, pero los anhelos de poder usar al Estado como una ruta alterna a la modernidad aún no se han renovado con ideas que resuelvan los problemas que en México ya tuvo el Estado proteccionista ni los de los intentos fallidos de poner en práctica el socialismo en sociedades “desmodernas”. De otra forma pero también fracasada, los políticos neoliberales no han logrado formular su versión del nacionalismo mexicano de manera que preserve la imagen de la nación como una comunidad que sostiene un sistema de valores propio.

\* Claudio Lomnitz, *Modernidad Indiana. Nueve ensayos sobre nación y mediación en México*, Planeta, 1999.

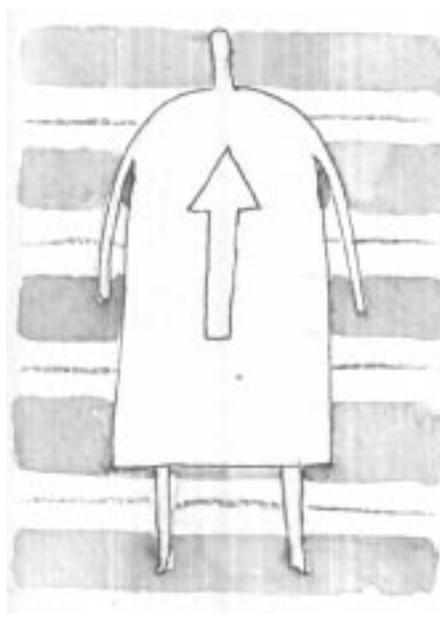
\*\* Profesora investigadora del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

Lomnitz afirma que mientras las actuales aspiraciones a la modernidad sigan sin ser cuestionadas y analizadas, y mientras no se invente una nueva fórmula de intervención estatal en un proyecto modernizador, el futuro se ve amenazador, plagado de divisiones políticas sin solución. Su propuesta va en el sentido del análisis de la dialéctica entre Estado y producción cultural que redundaría en utilidad al menos en dos niveles: en la elaboración de posibles narraciones alternativas para la nación y en la comprensión de las implicaciones culturales de la geografía de la modernidad.

En otro ensayo nos presenta a la nacionalidad mexicana como una entidad heterogénea y no trascendente y que, si bien es verdad que la diversidad cultural no impidió que surgiera un país llamado México, es importante recordar que México, lo mexicano y los mexicanos son ideas e identidades cambiantes, que no siempre han existido y que no siempre se han compartido. En este punto introduce la discusión sobre las ficciones comunitarias, retomando a Benedict Anderson y a Max Weber en su definición de comunidad, como tipo de relación social donde la acción está inspirada en un sentimiento compartido de pertenecer a un todo social.

El argumento que sigue a continuación se ubica en el campo de la antropología que ha privilegiado las teorías de intercambio social siempre con énfasis en la reciprocidad y la construcción de relaciones de solidaridad. Citando a Ann Weiner, quien ha privilegiado el análisis de los bienes que la gente decide que no puede intercambiar, es decir los bienes inalienables, Lomnitz afirma que esta idea es útil para describir las formas en que se construye el nacionalismo como una ideología comunitaria.

Siguiendo a Ann Weiner, los intercambios recíprocos están afirmando sistemáticamente mecanismos de diferenciación social (y no sólo de solidaridad), pues lo que sí se intercambia sirve también para reafirmar lo que no se puede dar, es decir, sirve para construir sistemas de diferenciación social.



### **Nación, multiculturalidad y decadencia**

Muy a pesar de las discusiones recientes sobre multiculturalidad y globalidad, que nos ubican en el mundo deseable de una coexistencia armónica entre diversos grupos sociales en una sociedad plural, Lomnitz nos desafía con una visión crítica fundada en argumentos sólidos más allá del consabido “la globalización pulveriza lo nacional”. Si bien el fenómeno de la multiculturalidad es tan antiguo como la humanidad, ahora emerge en el marco del Estado-nación dedicado históricamente a homogeneizar las diferencias culturales.

En ese sentido nos alerta acerca de las diferencias importantes y

los dilemas que surgen con el pluralismo cultural en diversos países. Es decir la multiculturalidad tiene implicaciones diferentes en México, en Bélgica, en España. Siguiendo este argumento, el autor concluye que la multiculturalidad actual reproduce las distancias entre países ricos y pobres, aun cuando trae también nuevas posibilidades de transformación social y de intercomunicación. Esta conclusión se origina en la premisa de la debilidad de nuestra posición en una comunidad global efectiva.

La discusión parte de las implicaciones de la multiculturalidad en el primer mundo, y éstas tienen que ver con la esfera económica en primera instancia. Esos países pueden obtener mano de obra barata y, además, las opciones de consumo han aumentado. Esto ha conducido a un “estándar internacional”, pero —y he aquí el punto de discusión— un estándar construido principalmente sobre los gustos que predominan en Estados Unidos, en Japón y en Europa. El problema reside entonces en la constitución de estos países como los jueces últimos y los legitimadores principales de las culturas locales.

Ahora bien, la multiculturalidad también presenta otro tipo de posibilidades y dificultades, por ejemplo en el caso de Estados Unidos la educación, donde ha emergido una tensión entre la meta de producir una ciudadanía homogénea y la de incorporar una variedad de formas culturales. Lo mismo pasa con las políticas de empleo, de control y acceso a los medios de comunicación y con la representación política.

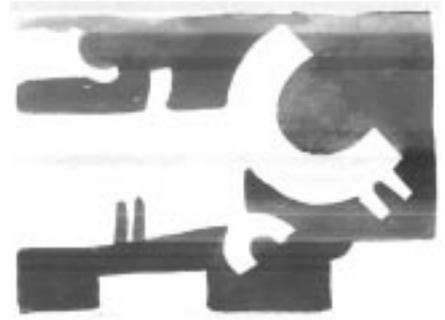
Lomnitz plantea que la globalización aún no nos presenta una institucionalización alternativa de la comunidad. Desde esta perspectiva, lo que en el primer mundo aparece como una fiesta de diver-

sidad cultural es, desde una perspectiva global, la integración de culturas premodernas y modernas a un sistema de mercado globalizado donde los patrones dominantes del gusto y del estilo están crecientemente concentrados en un manojo de países. Está disminuyendo mucho la diversidad cultural y son las diferencias culturales las que aumentan mientras se van creando nuevas dinámicas de diferenciación cultural. Y precisamente estas dinámicas son las que mantienen la distancia que nos ha separado siempre de los países ricos.

Cuando Claudio habla de la necesidad de construir un nacionalismo que evite “un fundamentalismo” mexicanista se concentra en lo que él llama la decadencia, aquella que promueve el debilitamiento personal o de la comunidad, normalmente en aras de una pretensión falsa. Para él, la mentalidad del colonizado es decadente, ya que acepta las condiciones que vienen de fuera a cambio de una idea falsa, a saber, que ellos se encargarán de nosotros. Y la decadencia se expresa en los distintos usos de las apariencias. El uso de ellas se reproduce en las diversas clases sociales, tanto en las clases populares como en las elites, en su afán de buscar un orden; sin embargo el común denominador es la aceptación de una condición de inferioridad en donde abundan las elites que se aprovechan de los anhelos de orden del pueblo para crear una cultura pobre y, sobre todo, decadente: una cultura que obedece sólo a la reproducción del poder dentro de un marco de inferioridad. Esta decadencia coexiste con la cultura popular y se alimenta de su riqueza.

En síntesis, necesitamos de nuevo forjar patria, pero no por un sen-

timiento nacionalista exacerbado, sino porque tenemos un país que carece de una fórmula política viable; necesitamos tener conciencia de que la historia de la globalización que empezó en el siglo XVI ha contribuido a crear una intelectualidad y una burguesía decadentes que se siguen beneficiando de la ideología del colonizado.



#### COMENTARIO DE CARLOS PEREDA\*

Una forma de acercarse a este admirable libro es leerlo con la intención de salvaguardar cierta política conceptual en torno a ideas tan centrales —para pensar los tiempos y territorios de nuestras vidas en América Latina— como modernidad, arielismo, nacionalismo, patria, lo indio y el indio, el multiculturalismo o la oposición centroperiferia... Por lo pronto, titular el libro “modernidad indiana” implica proponer desde el comienzo mismo de la reflexión que la tan festejada y temida modernidad no es un fenómeno uniforme, es múltiple y con múltiples relaciones tanto internas como externas. ¿Por qué se da esto?

Ante todo, Lomnitz comienza por subrayar dos aspectos que suelen caracterizar el concepto de modernidad:

- a) la modernidad cultural que, por un lado, consiste en la relativa autonomía de las diferentes esferas del valor —arte, ciencia, religión, política, economía...— y, por el otro, radica en una división clara entre lo público y lo privado; y
- b) el fenómeno de la modernización, como proceso continuo para generar nuevas formas de producción y consumo.

Para reafirmar su tesis de la modernidad múltiple, Lomnitz señala cómo estos dos aspectos a menudo no sólo no se dan de manera conjunta sino que incluso suelen entrar en conflicto.

Por ejemplo, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, los arielistas pensaron que se podía tener una modernidad cultural, sin procesos de modernización tecnológica y económica. Indica Lomnitz:

Los arielistas sentían que nuestro nacionalismo debía exaltar nuestra espiritualidad en contra del materialismo craso de Calibán (Estados Unidos)... El arielismo fue producto de élites cosmopolitas que tenían acceso a las sofisticaciones de Europa y Estados Unidos mientras que sus economías se basaban aún en relaciones de producción y lazos de sociabilidad que no se regían por la competencia del mercado (p. 222).

Un siglo después de que Rodó escribiera el *Ariel*, el llamado “neoliberalismo” es una forma radical de antiariélismo, como en el caso de Chile, pero —grados más, grados menos— el fenómeno es general en toda América Latina; se busca poner en práctica procesos de modernización en la producción y el consumo, sin que éstos estén acom-

\* Investigador del Instituto de Investigaciones Filosóficas de la Universidad Nacional Autónoma de México.

pañados de una correlativa modernidad cultural y política.

Pero vayamos a México. Según Lomnitz, en México la aplicación selectiva y parcial de “aspectos, momentos y situaciones modernas” (p. 12) ha utilizado estrategias para llevar a cabo “políticas híbridas que modernizan y desmodernizan a la vez” (*ibid.*). Entre esas estrategias, una de las más efectivas ha sido el nacionalismo.

Aunque con mucha cautela, Lomnitz señala que al concepto de nacionalismo no hay que valorarlo en abstracto sino que deben indagarse sus aplicaciones de caso en caso, y coincido con él en que “la nacionalidad y la cultura nacional ya no son un vehículo que lleva a lo moderno, son una marca imborrable de desmodernidad” (p. 25). Este juicio que Lomnitz formula sobre México hoy en día posee, si no me equivoco, validez general.

No nos apresuremos. Lomnitz narra con la atención minuciosa de un buen historiador la política conceptual con la cual desde la Colonia se ha querido convertir en México el muy abstracto “amor por la patria” en la concreta “cuestión de la nación”. Es interesante repasar este relato pues Lomnitz no cuenta una historia clausurada, un pasado pasado, sino una historia abierta—casi diría: una herida todavía demasiado abierta— un pasado presente. Por ejemplo, hablando de los conflictos entre los indigenistas y los esfuerzos de liberales del siglo XIX como José María Luis Mora por unificar una patria en una nación soberana, indica Lomnitz:

El indigenismo que intentaba mantener y fortalecer a las comunidades indígenas dentro de un orden nacional plurirracial, amenazaba con consolidar un país multinacional, cosa que para los liberales era una aberración (p. 53).

En la vida cotidiana, para la población que gozaba de ciertos privilegios se trataba y se trata de algo más que de una aberración teórica, un miedo constante a ser subsumido bajo el concepto de lo indio:

...en la época colonial se manipulaba la identidad racial: se compraban actas de nacimiento para que los hijos fuesen clasificados como criollos... Con la Independencia se abandonaron las definiciones y resguardos legales de las castas: se liberaron los esclavos y se prohibió el tributo indígena, así como las clasificaciones raciales en actas bautismales. Sin embargo, la manipulación de la identidad racial continuó, más que nada en la lucha por la posición social. Sólo así podemos entender por qué Porfirio Díaz se polveaba la cara de blanco, y la exagerada preferencia del rico y del político moreno por la esposa blanca (p. 55).

¿Acaso, con otros rostros, no continúa siendo este uno de los conflictos claves del México de hoy? Sin duda, y pese a todas las redefiniciones del concepto de nacionalidad a partir de la Revolución, el concepto de lo indio sigue designando en México, y en muchas regiones de América Latina, el concepto de lo otro: de lo excluido. En este sentido, ¿la solución consiste en defender a toda costa un multiculturalismo?

Señalé que Lomnitz insistía en evaluar el concepto de nacionalismo según sus aplicaciones concretas. Para evaluar el concepto de multiculturalismo también hay que juzgar sus diversas aplicaciones. Por ejemplo, es totalmente diferente la aplicación que se hace del concepto de multiculturalismo en México y la que se hace en los Estados Unidos. En México el multiculturalismo conforma uno de los cuernos del arduo dilema unidad-diversidad

en la conformación del país a la vez que, por qué no decirlo, configura un peligro de perverso neoarielismo: del esencialista “México profundo”, de la retórica del “nosotros somos mejores que la modernidad de Calibán y sus mercaderes”. Por el contrario, en los EEUU el multiculturalismo más que una nueva forma de otra faceta de la modernidad cultural—que es lo que declara ser— se ha ido modificando poco a poco en una nueva forma de modernización, en el sentido de reconfigurar la expansión del consumo de mercancías premodernas:

...un auge en el consumo de arte, de literatura, de cine, de música, de comida y de bebidas del tercer y cuarto mundo. Y la inmensa capacidad de consumo que se concentra en el primer mundo permite que muchos de nuestros mejores productos se consuman allá (p. 71).

¿Qué decir de todo esto? Después de leer el libro de Lomnitz, por lo menos yo, de nuevo he aprendido que—para seguir usando un vocabulario que he favorecido en esta discusión— las diversas versiones de arielistas y antiarielistas están todas equivocadas porque quieren excluir de las sociedades latinoamericanas lo que no se puede excluir: los arielistas tienden a excluir los procesos de modernización, entre ellos, el *continuum* ciencia-tecnología y los mecanismos del mercado, y con esta exclusión sin darse cuenta de manera inevitable se nos condena a la pobreza y más pobreza. Los antiarielistas suelen excluir la modernidad cultural y política, y de verdad se sorprenden de que tampoco de este modo se puede escapar de la pobreza.

¿Seremos algún día capaces de vincular las virtudes de arielistas y antiarielistas sin sus respectivos y radicales vicios?